



EL MOLINILLO

PERIÓDICO CRÍTICO-BURLESCO

MUELE DOS VECES POR SEMANA
Ó SEA OCHO AL MES.

LA SUSCRICION MENSUAL ES DE
UN PESO M/N. ADELANTADO.

REDACTOR EN JEFE, LÚCULO—COLABORADOR, MOLINILLO—RESPONSABLE, FRANCISCO X. DE ACHA

AVISO.

Este periódico se publica dos veces por semana por la imprenta "Liberal" sita en la calle del Rincón n. 25, en donde tiene establecida su oficina.

La suscripcion mensual vale un peso y se abona adelantada. --- Números sueltos, 2 reales.

La fiesta de los vivos y la fiesta de los muertos.

Lúculo—Hola! ya de vuelta Molinillo, y bien, cómo te ha ido?

Molinillo—De todo un poco, señor amo.

Lúculo—¿Cómo ha estado la fiesta?

Molinillo—La fiesta de los vivos, señor amo, tiene mucho de parecido con la fiesta de los muertos.

Lúculo—¿Qué dices? ¿qué comparación haces, Molinillo?

Molinillo—Digo, señor, que cuando me encontré en el bullicio y en el tole tole de las carreras inglesas, se me figuró que estaba tres días atrás en la fiesta de finados en el Cementerio.

Lúculo—Pues qué tiene que ver una cosa con otra? ¿qué encuentras tu de semejante en esos dos espectáculos tan distintos?

Molinillo—Ya se vé que no debían tener nada de parecido ni de comun esas dos fiestas; pero lo que yo digo á su merced, es que por ahí no mas se anda la fiesta de los vivos con la fiesta de los muertos.

Lúculo—Con la diferencia que á la una se va á orar por los finados y á dirigir plegarias al Altísimo, mientras que á la otra el pueblo va á divertirse y á gozar.

Molinillo—Así será y así debería de ser, el amo, pero ello es que en las carreras yo vi el mismo mundo, las mismas galas, el mismo furioso lujo y la misma desenvoltura de tres días atrás en el Cementerio, y para que no faltara nada, también vi muchas coronas y muchas tiendas de comestibles.

Lúculo—Cada vez te entiendo menos, Molinillo.

Molinillo—Si señor, lo que su merced oye—A las carreras también llevo las mismas coronas, como al Cementerio, con la diferencia que estas son para regalar á los corredores que ganan y aquellas son coronas fúnebres. En las carreras también se petiza y se toma buena cerveza, como en el Cementerio.

Lúculo—Ese es el mundo, Molinillo—cuando á llorar, llorar; cuando á gozar, gozar.

Molinillo—Si así fuera, todavía no sería tan malo, el amo; pero lo que yo digo es que poca diferencia va de una fiesta á otra, y que ya vaya el pueblo al Cementerio para llorar á orar, ó ya vaya á las carreras para divertirse y gozar, todo no se vuelve sino puro *ostentar*, y que no se sabe donde se echa mas lujo y mas *fausto*. Jesús, Jesús! como se va volviendo nuestro pueblo!... ¿No recuerda su merced del día de finados, señor amo, y de todo lo que presenciábamos en la puerta del Cementerio?

Lúculo—En verdad que sali de allí desagrado—pero á qué traes ahora esa comparación, Molinillo?

Molinillo—Traigola, el amo, porque se me viene de suyo á las mientes; traigola porque yo fui al Cementerio á rezar por

los muertos y sali renegando y compadeciéndome de la farsa de los vivos; hoy fui á las Carreras Inglesas á divertirme y á gozar, y me vuelvo otra vez escandalizado del lujo y abombado con tanta ostentación y tanto fausto.

Lúculo—Quiere decir que no te has divertido.

Molinillo—Había sa merced de ver, señor amo—que bullicio y que grosca entre el gran mundo y entre la multitud.

Lúculo—Y por supuesto—muchos carruajes y muchos caballos?

Molinillo—Si señor, no se veía otra cosa—todos los carruajes de Montevideo estaban allí, y todas las libreas del buen tono.

Lúculo—Cómo en el Cementerio, entonces.

Molinillo—Si señor, como en el Cementerio, y eche Vd. y no se derrame.

Lúculo—Ese es el gran lujo del día, Molinillo.

Molinillo—Lujo aristocrático, lujo que no es muy republicano que digamos; lujo importado de las monarquías y de los imperios; lujo que viene bien con aquello de la República Vasalla, como nos ha llamado la Gaceta de Francia. Le aseguro á su merced que no es ese el lujo que yo quisiera ver nunca en mi tierra, señor amo.

Lúculo—Muy escandalizado te veo, Molinillo—Otvidas el dicho vulgar de que—quien lo puede lo arrastra?

Molinillo—Ya lo veo, señor; pero es que entre nosotros, ni lo pueden todos los que lo arrastran, ni todos los que lo arrastran van bien arrastrados.

Lúculo—Cómo dices, Molinillo? me parece que estas haciendo un galimatías con el arrastro, que ni el diablo que te entienda.

Molinillo—Yo me entiendo y bailo solo, señor amo—y digo que dentro de poco, todo el mundo ha de andar arrastrado entre nosotros, y que tanto nos hemos de arrastrar que hemos de perder el rastro.

Lúculo—Indudablemente, Molinillo, te ha sentado mal el paseo á las Carreras Inglesas.

Molinillo—Lo que yo quisiera saber, el amo, es como hace la generalidad de nuestro mundo elegante esos arrastros.

Lúculo—Eso se hace como se hace—¿qué más dá?

Molinillo—Al ver tanto lujo, y tanto fausto, y tantocóche y tanta ostentación,—yo digo muchas veces como el otro—¿dónde salen esas misas?

Lúculo—Y de dónde quieres tu que salgan las misas? de la sacerstia.

Molinillo—Y quien las paga, señor amo?

Lúculo—Las misas las paga quien las oye, Molinillo.

Molinillo—Ay! amo, amo de mi vida, cuánto tendría que decir á su merced si continuáramos! En las carreras inglesas yo me iba de á pié, ó como si dijéramos á la antigua, y mas de una vez volviendo atrás la vista para que no me llevase por delante el coché ó la litera que rodaba, yo la veía pasar y me decía para mis adentros: *quien te conoció, ciruelo!* . . .

Lúculo—Y ¿qué quieres decir con eso?

Molinillo—Nada . . . quiero decir, yo tampoco no pierdo la esperanza de verme arrastrado.

Lúculo—Quiere decir que, como en el cementerio, cuando me tocabas á cada rato para decirme, *miré su merced que gran corona, motejabas en las carreras inglesas.*

Molinillo—Lo que yo digo, mi amo, es que la mayor parte de las coronas que se llevan al cementerio, son ni mas ni menos como las que se llevan á las carreras.

Lúculo—Eso piensas, hombre?

Molinillo—Eso pienso si señor; eso me hace pensar la vanidad de nuestro mundo. Se llevan por lo que se llevan, y no por lo que se debieran llevar; y no me diga su merced que ese es el progreso, la moda, el buen tono; ni estrañe que le diga, señor amo, que las fiestas de los vivos y las fiestas de los muertos tienen mucho de parecido.

Lúculo—Nuestro pueblo en las fiestas, ¿quérrás decir?

Molinillo—Como su merced guste, señor amo, y acabemos, porque si me pon-

go á decir como me he divertido en las carreras y como he gozado, y todo lo que allí se ve, y se estudia, y se recoge, hay para un libro en folio.

Lúculo—Pero el fin y al cabo te has divertido, Molinillo.

Molinillo—Es verdad, me he divertido y puedo decir al volver á casa:

Del coché venzo de apearme
Y aunque fui á divertirme,
Cansado estoy de cansarme
Y aburrido de aburrirme.

As fazañas dos Valentes.

Molinillo—Qué le parecía á su merced as fazañas dos valentes?

Lúculo—As fazañas dos valentes? que ha habido algun encuentro?

Molinillo—No señor—Me refero á lo que cuenta el Pueblo Argentino de Buenos Aires.

Lúculo—No he leído—¿que hay?
Molinillo—Que ha de haber, señor amo,—una de las tantas fazañas gloriosas da brava gente.

Lúculo—Cuéntame, Molinillo, esa nueva fazaña.

Molinillo—Oiga su merced como la cuenta un testigo presencial que se dirige al Pueblo Argentino:

“Los brisereros acaban de cometer un crimen sin ejemplo en los pobres habitantes de las costas del Tebicuari; para ocultar ese acto de barbarie marchan solos, obedeciendo á su instinto de ódio y ocultando á los argentinos que no habrian tolerado tan execrable maldad.”

Lúculo—Buen principio, Molinillo.

Molinillo—Buen principio, si señor, y mejor fin—siga su merced escuchando lo que dice el testigo presencial:

“Voy á referirle lo que me consta de ese hecho.

“De la margen derecha del Tebi-

“cuari, tres cuadras abajo del paso, nace un riachuelo que se interina en los montes. En uno de los recodos del riachuelo encontramos seis fazañas de cadáveres, apenas cubiertas por una ligera capa de tierra, entre los que se encontraban varias muje- res y niños de 6 á diez años.”

Lúculo—Eso me huele á una bárbara matanza, Molinillo.

Molinillo—A una gran fazaña dos valentes, si señor—sigo leyendo el amo:

“Adivinando á los autores de tan bárbaro crimen, condenamos indignados el hecho, calificándolo de espútida ferocidad, delante de algunos comerciantes brasileros que aun se encontraban en el paso, y ellos replicaron, tratando de ampararse con una mentira, que esos cadáveres eran los del Coronel Alem, y demas defensores de Humaitá á quienes Lopez habia hecho fusilar como traidores á la patria; que tambien estaban allí los cadáveres del Ministro Berjes, Carreras y demas conspiradores á quienes Lopez habia hecho degollar, y que las familias de los ya nombrados habian sido inmoladas igualmente.”

Lúculo—Sigue, Molinillo, que estoy ansioso saber el fin.

Molinillo—Ya digo, señor amo—Ahora va su merced á conocer en todo su esplendor esa última fazaña—sigo leyendo:

—“Estas noticias tan mal urdidas fueron creidas por algunos pobres soldados; pero la verdad es que cuando el mismo ejército brasiler se precipitó sobre el puñado de paraguayos que habia en el Yacaré, estos no tuvieron tiempo para volver cara siquiera; así es que las pobres familias que habia en las inmundaciones fueron tomadas, violadas y sacrificadas con sus hijos.”

Lúculo—Qué inaudita maldad!
Molinillo—Pues ahí tiene su merced as fazañas dos valentes.

... de este mundo no es otra cosa que un teatro de sombras y de fantasmas...

Lácido—Violar á las familias... ntar sin compasión hasta los niños!

Molinillo—Eso mismo, mi amo—la valentía dos valentes ha sido siempre temible contra las mujeres y los niños. Voy á concluir la lectura del parte—dice así:

“Estas son las grandes hazañas del ejército civilizador, al lado del cual tenemos la desgracia de combatir á nosotros. El único efímero consuelo que nos resta, está en la reflexión de que el ejército argentino ninguna parte ha tenido en este hecho último y salvaje, pero cómo podremos sustraernos á la responsabilidad que, como aliados, nos impondrá la historia?”

Lácido—Si quiera eso corresponsal. Molinillo, parece que tiene conciencia.

Molinillo—Si señor, se avergüenza de ser testigo presencial de las faenas dos valentes.

Lácido—Pero con tales faenas, el ejército de S. M. se cubrirá de gloria.

Molinillo—Sí, señor, el ejército de S. M. cae de improviso sobre una población indefensa—Son 100 contra uno; los hombres se matan, las mujeres se violan y luego se deguellan, y los niños se sacralizan.

Lácido—Y después se quiere cubrir ese crimen salvaje con una mentira.

Molinillo—Eso mismo; después las víctimas se arrojan á una zanja, y cuando el contenedor de cadáveres se descubre—es Lopez el que los mató y los enterró.

Lácido—Y esa es, Molinillo, la cruzada civilizadora que se lleva al Paraguay!

Molinillo—Esa es la cruzada civilizadora y humanitaria, y esas las faenas dos valentes, con los hombres indefensos, con las mujeres y los niños.

Me parece, el amo, que los veo á los brasileros después de esa faena.

Lácido—Que los ves, dices?

Molinillo—Sí, señor, que los veo festejando el triunfo.

Lácido—Y cómo, Molinillo?

Molinillo—Me figuro, el amo, que después de aquella horrible matanza, el Gefé brasilerio habrá llamado á los muleques, y

habrá entonado un canto de gloria por el estilo :

—Muleques? — Señor! — Esa é gloria do imperio? — Eis sin señor. — Ora bate Muleque, — Ora bate, señor.

Lácido—Me parece bien traída tu parodia, Molinillo.

Molinillo—Pues termino, el amo, con esta copliña:

—Muleques — Señor. — ¿Tein violado mulleres? — Elegia señor. — Degolesteis mininos? — Eis sin señor. — Ora bate muleque — Ora bate, señor.

VARIEDADES

Poco me importa.

CANCION.

Me dicen que medio mundo ríe con el otro medio, y aunque en verdad me confundo viéndolo así, ¿qué remedio? Caprichus con que se nace: cada cual como mas quiere vive y muere; y aunque algo extraño se me hace viento la vida tan corta, poco me importa.

Yo sé un elixir magnifico contra duelos tan extraños, y son con tal específico horas de placer mis años. Para mi no hay amarguras; ni pesares, ni disgustos me dan sustos, y aunque diz que surco á oscuras el mar de esta vida corta, poco me importa.

y una vida larga ó corta poco le importa.

Y á mi el heor jerezano del puro entre el humo, azúl, me hace igual al soberano de la soberbia Stambul. Y en el insomnio dichoso de la embrigade le tutéo y me creo otro sultan poderoso, y como á él, la vida corta poco me importa.

A él le hace el ópio tal vez soñar con alguna hauri, y ver me hace una el jerez en cada mujer á mi. El reina en Constantinopla y yo misera coplero cuando quiero de él me rio en una copla, y de su rabia, si aborta, poco me importa.

Y á el ópio excesivo acaso le hace ponzoña mortal de su café, y le abre paso á su sepulcro imperial: mientras yo libre de afan despierto al placer mañana con mas gana, y aunque revienta el sultan y deje á la Europa abortar poco me importa.

JOSÉ ZORRILLA.

Me importa mucho.

CANCION.

Es mi placer, buen Zorrilla, h. certe la oposicion, oya, pues, mi taravilla, que yo escuché tu cancion. Tú con lindos versos dices que la vida por ser corta no te importa, yo con versos efílicos respondo cuando te escucho, me importa mucho.

Sin opulencias me paso, ni ambiciono honras ni oro, ni del poder hago caso; sino soy feliz, no lloro. Conmigo mismo me basto y con lo poco que tengo bien me avengo, y aunque coanto tengo gasta, siendo la vida tan corta, poco me importa.

Si leyes á nadie doy, nadie á mi leyes me dá: donde no gozo no voy, donde estoy mi patria está. No me acosa odio ni envidia, y aunque en todos los lugares hay pesares, si algun pesar me fastidia, y amarga esta vida corta, poco me importa.

Un puro y una botella durante mi coplin consumo, y cuando acabo con ella, cigarró y pesar son humo. Los vapores de los dos el cerebro me revuelven y me vuelven tan feliz, que vivo Dios! esta vida larga ó corta, poco me importa.

Celestas aspiraciones govan entonces mis ojos, y dichosas ilusiones satisfacen mis antojos. En las vagas espirales fermentan del himno vano de mi habano visiones tan celestiales, que una vida larga ó corta, poco me importa.

¿Y en que entonces me aventaja ningún sultan con su opio? Si á su alma el Edem se baja, á mi me pasa lo propio. A él le exalta la cabeza su ámbar, su pipa y su vaso; no hace caso, de sí mismo en su pureza,

nario que pretendía haber meditado con los Jesuitas

Edmundo Nevill, uno de los cortesanos de Elzabet, se lamentaba de que no se premiaban sus servicios. Parr le comunicó su plan; pero Nevill se llenó de horror y lo denunció. Condenado a muerte y temiendo sin duda el momento solemne en que tendría que dar cuenta al soberano juez, Parr declara espontáneamente y por escrito, que jamás, ni los Jesuitas, ni los ministros ingleses, le han aconsejado nada que no estuviese conforme con las ideas de un súbdito bueno y leal.

Estos hechos nos han sido transmitidos por Camden (año 1585), y otros escritores protestantes.

Sabemos que el jansenista Condrette, sin más autoridad que la de sus prevenciones y su odio al jesuitismo, escribía las palabras siguientes en 1741, esto es, 157 años después del acontecimiento:

«En 1584, sentencióse un fanático llamado Parr, el cual confesó que había sido inducido á asociarse á la reina, primero por las exhortaciones del padre Palmio, de Venecia, despues por los Jesuitas de Lion y por último por Anibal Coldrette y otros Jesuitas de Paris, en donde había confesado y comulgado abrigando en su corazón aquel propósito.»

Estas groseras calumnias se entienden, habiendo sido escritas en 1741, cuando la civilización del siglo XIX no había suavizado todavía las costumbres, en las continuas luchas políticas y religiosas en que vivieron los hombres de aquella época, habían dejado á los corazones todo el odio y á los caracteres toda la enérgica brutalidad del semi-salvaje. Pero, ¿que las repita el Sr. Fors! esto no se puede comprender; como tampoco se puede explicar la serenidad con que el Sr. Fors hace saber al pueblo de Montevideo que es jesuita el pastero que intentó contra la vida del joven y admirable eclesiástico don Rafael Yeregui.

Este nuevo ilustrador de los pueblos no sabrá lo que todos sabemos. Ignorará completamente el Sr. Fors que el señor secretario ha sido formado por los Jesuitas en las ciencias y en la virtud? ¿Que ha aprendido en los colegios de los padres de la compañía á cumplir todos sus deberes, aun con peligro de la vida? Y si desgraciadamente hubiera caído víctima del asesinato que se le había preparado por no haber querido ó más bien podido autorizar un indigno ministro del altar á decir la santa misa, los Jesuitas hubieran sido los primeros en llorar su muerte, porque con ella habrían perdido un discípulo que les honra, un hijo muy querido y un amigo muy sincero.

UN JÓVEN FANÁTICO.

(Continuará)

Quién es él.

El Progreso y *El Orden* han denunciado escandalizados á un ministro del altar que el día de finados se ocupaba en dirigir piropos á una persona que vive en la calle de Alzaitar.—Y ¿quién es él? preguntamos nosotros con la debida autorización.

Todos estamos interesados en conocer los lobos vestidos de cordero, y el clero de Montevideo no debe ni puede consentir en cargar con la responsabilidad de los escándalos de los que quieren hacer de la religión un comercio, y de su vestido tallar un velo para cubrir sus desordenes.

El Progreso y, *el Orden* deben dejar el sistema de las vagas acusaciones, y formular con claridad sus quejas.

¿Quién es él? claritos, señores, [que todos ganaremos en conocerlo.

PARAGUAY.

ÚLTIMOS TELEGRAMAS.

Noviembre 5 á las 5 de la tarde.

“Se cree que Lopez no sufrirá ataque en sus fortificaciones, sino que se interpusará á la parte montuosa del territorio, “haciendo la guerra de recursos.”

—
Otro.

Noviembre 6 á las 3 de la tarde.

“Llegó el vapor *Guardia Nacional* con heridos del Ejército—Con 150 están ya sobre el muelle.

AVISO

FESTIVAL DE 300 MUSICOS

Se necesitan copistas de música — Todos los músicos que no forman parte de las bandas de los batallones ni de las orquestas de San Felipe y de Selis, pueden acudir al Sr. Gottschalk, quien los empleará en la gran orquesta del Festival.

Todos los días de 12 á 2, 145 calle Ituzalago, plaza de la Matriz.